

## SU ROSTRO EN EL CRISTAL

La mirada perdida más allá del vaho de los cristales, Ángela buscaba una respuesta que jamás encontraría bajo el resplandor ambarino de las farolas ni entre la bruma que resbalaba perezosa por los tejados.

Lejos quedaban gritos y consignas. Lejos quedaban las certezas coreadas una y otra vez, certezas que ahora, en la soledad del dormitorio, se diluían entre las sombras de sus miedos. Lejos, muy lejos del calor anhelado del hogar, quedaba la justicia.

Despacio, como si las articulaciones se revelaran a cada movimiento, terminó de desnudarse y se puso el pijama. Y cuando el espejo alineado sobre el tocador le devolvió la imagen de una niña envuelta en felpa azul, la efigie de Elsa de Arendel impresa en la pechera, las dudas que roían sus convicciones se amplificaron hasta anegar la estancia de sus miedos.

*Pero ya no soy una niña*, pensó mientras las tinieblas recuperaban el espacio arrebatado por la luz de la mesilla. No importaba que sus dieciséis años se aferraran a una infancia irrecuperable con la misma terca obcecación con que seguía usando el pijama de Frozen como antídoto para unas pesadillas asfixiantes. Ya no era una niña.

La mañana le devolvió, por unas horas, al diario ajeteo del instituto, a los libros una y mil veces subrayados, las carreras en el patio y las conversaciones banales con sus amigas. Solo después, en el silencio agrio del dormitorio, mientras su madre atendía sin ganas a tragedias de acento venezolano y su padre dilapidaba las horas frente al ordenador, regresaron los ecos de la última asamblea, la voz firme de Marina desgranando dramas de otros mundos, de otros tiempos, repetidos una y otra vez en cualquier barrio de la ciudad.

Sin ruido, sacó el cuaderno del forro interior de la mochila. Camuflada bajo la cubierta de un poemario de Gioconda Belli, en esa libreta cuadrículada anotaba reflexiones, desvelos y algunas de las ideas debatidas en el grupo de mujeres. Un bloc inocente que escondía de sus padres porque, a pesar de la

displicente aceptación con que recibían sus rarezas, no entenderían esa última excentricidad.

No entenderían que una joven millonaria, protegida siempre por la sombra benevolente de sus progenitores, dilapidara las tardes en asambleas feministas convocadas en zonas del extrarradio que nada tenían que ver con su propia cotidianidad.

No. Para evitar sermones y gritos, era preferible que esas reuniones en donde, por vez primera, escuchó de labios ajenos palabras conocidas que nunca supo articular, formaran parte de sus secretos.

*Exigir justicia para las demás es exigir justicia para nosotras. Luchando por la liberación de las demás, nos liberamos nosotras.*

Era la frase que abría el cuaderno. Marina les dijo que no era suya, que pertenecía a una escritora cuyo nombre no lograba recordar. A pesar de su juventud, Ángela notó al instante el aroma panfletario de la cita y, sin embargo, era incapaz de cuestionar una sola de sus letras. Trabajar por los demás, por las demás. No había otra forma de alcanzar el bien común.

En la teoría.

Cuando Marina les sugirió que pasaran a la práctica comenzaron los problemas. Y los miedos.

*¿Conocéis a alguna mujer así? ¿Alguna golpeada por su esposo, vejada en su puesto de trabajo, discriminada por ser mujer? ¿Alguna cuyo miedo sea palpable con solo prestar un poco de atención? Miedo al marido cuando bebe, miedo al jefe que la da palmaditas en el culo, miedo del cliente que exige una cita para renovar un contrato que no puede permitirse el lujo de perder. Sí. Todas conocemos a alguien. ¿Habéis hecho algo para ayudarla?*

La pregunta se repetía en su cerebro mientras devolvía la libreta a su escondite, colgaba de un hombro la mochila y, tras gritar al vacío del pasillo una despedida sin respuesta, salía en dirección al metro.

¿Hizo ella algo por Nayah?

Cuando su madre la contrató para cocinar y ocuparse de la casa, Nayah,

una camerunesa de sonrisa franca y mirada cansada, rozaba la treintena. Aunque entonces solo tenía trece años, Ángela no tardó en trabar con la africana una amistad improbable entre dos universos antagónicos. Nayah era madre de cuatro hijos, había sufrido otros tantos abortos y sobre las vejaciones padecidas en el inacabable viaje a través de un continente de guerras y desierto prefirió no dar detalles a una niña impresionable como ella. Pero nada de eso fue óbice para que la corriente de simpatía que se despertó entre ambas durara los dos años que tardaron en despedirla.

Nunca volvió a verla. Ahora, mientras el vagón roía las entrañas de la ciudad y su mente flotaba entre las sombras de los túneles, no podía dejar de preguntarse por qué una relación tan llena de afecto desapareció sin dejar apenas rastro. ¿Fue a causa de unas diferencias que solo el marco acogedor de la vivienda pudo diluir? ¿O hubo algo más?

Solo cuando advirtió el gesto extrañado del anciano que tenía enfrente comprendió que estaba interpelando a la muchacha atrapada en el reflejo del cristal, a ese doble etéreo renacido en las ventanas cuando la noche, o las galerías del metro, las opacan. Y no necesitó que ese reflejo le confirmara lo que siempre supo.

Si no había cambiado de domicilio, Nayah vivía en un ruinoso bloque de apartamentos asomado a la autopista desde uno de los rincones más decrepitos del arrabal. Chiquillos de todas las edades, de todos los colores, perseguían la pelota a través de un descampado de charcos y gravilla, mujeres encogidas bajo velos oscuros mecían carritos de bebé con el hastío impreso en el semblante, y decenas de hombres haraganeaban en las esquinas dilapidando el tiempo en espera del mañana. Ángela tomó aliento, trató de ignorar, sin conseguirlo, las miradas adheridas a su cuerpo con viscosidad de ansia insatisfecha y atravesó el umbral del edificio.

El despido de Nayah no se debió a su mal hacer en la casa o la cocina, a diferencias insalvables con sus empleadores ni, mucho menos, a problemas económicos. Nayah se acostaba con su padre. Nadie se lo dijo, pero lo comprendió en los silencios furiosos de su madre, en la prohibición tácita de preguntar por la camerunesa y en la forma en que el hombre agachaba la cabeza cuando, sin venir a cuento, su esposa escupía veneno contra negras,

inmigrantes y prostitutas.

Si no estaba equivocada, si esas intuiciones trenzadas de vacío y negación eran ciertas, el despido de Nayah se debió a un capricho de su progenitor. Quizá, pensaba mientras ascendía unas escaleras hediondas a orines y frituras viejas, también ella fuera culpable. Quizá esa relación traidora nació del deseo de ambas partes, de su mutua búsqueda de un placer más excitante por clandestino. Pero lo innegable, pensó al detenerse en un rellano por cuya ventana el frío se colaba como una premonición, era que solo Nayah sufrió las consecuencias.

—No, cariño— Los grandes ojos de Nayah la estudiaban desde el abismo de un sofá cuya tapicería, cubierta de lamparones oscuros y tristes flores de color morado, pasaría a engrosar sus pesadillas. —Yo nunca fui la amante de tu padre— Una pausa, un trago de un té demasiado denso, demasiado dulce en compensación absurda al amargor de sus palabras. —Tu padre me violaba.

De regreso al metro. De vuelta al aséptico traqueteo de un vagón donde la gente se comprimía ajena a sus demonios. *¿Habéis hecho algo para ayudarla?* preguntaba en el hueco de su mente la voz suave de Martina. Apretó los dientes, apretó los párpados hasta que un infinito de luceros reventó en sus globos oculares y un rugido mudo, un rugido de rabia e incomprensión, ascendió a su garganta. Sí. Había hecho algo. Había intentado, desde la torpeza de su juventud, conseguir para esa mujer con quien compartió tardes de compras y horas de charla en la cocina, algo semejante a la justicia. Y, sin saber ni cómo, había caído presa de unas redes lanzadas sobre el vacío de sus propias suposiciones.

Nayah le había mentado. Nayah, demasiado lista, demasiado curtida para una adolescente aferrada todavía a la niñez, descubrió al instante su necesidad de redención, su ansia por demostrar al mundo y a sí misma que no era solo la hija mimada de un matrimonio burgués. Y trató de utilizar esa debilidad en su propio beneficio.

—Nunca pensé en denunciarlo, porque ningún juez condenará a un millonario blanco por tirarse a su mucama— A pesar del estruendo amplificado

por el túnel, la voz de la africana rebotaba contra las paredes de su cráneo diáfana como una hora antes, mientras compartían té y confidencias en el minúsculo salón de la vivienda. —Pero si me ayudas, acudiré a los tribunales.

No. Su padre no era un violador. No lo era, no importaban los gemidos falsos de la mujer ni las veces que repitió la palabra justicia en su perorata. Temblaba en el momento de subir la mochila a sus rodillas y, con dedos entumecidos, abrió la cremallera. Ahí estaba el cuaderno, arrugado bajo el peso de otros libros. Lo sacó de un tirón sin importarle que el forro se rasgara y la primera de las hojas, aquella donde anotó la frase que resumía el sentir de la asamblea, crujió al enredarse en el estuche. Tratando de contener las lágrimas, releyó sentencias, conclusiones y anécdotas ilustrativas de la desigualdad entre hombre y mujeres hasta que un círculo de humedad diluyó la tinta de sus letras.

—Fue muy extraño— Nayah seguía hablando, se negaba a desvanecerse a pesar de que el convoy la alejaba a toda velocidad del arrabal y sus miserias. —A veces, por las tardes, mientras estabas en el instituto y tu madre se iba al club con sus amigas, me sentaba a descansar antes de preparar la cena. Y solía dormirme en el sofá aunque, hasta entonces, jamás me echaba siestas. Un día desperté de golpe y lo tenía encima. Tardé mucho en darme cuenta de lo que pasaba. Porque no estaba dormida. Estaba drogada.

Al otro lado del cristal, su reflejo parecía sentir lástima de sí misma, lástima de esa muchacha de mirada perdida y anhelos rotos bajo el peso de la codicia, una codicia que Nayah, intuida la posibilidad de obtener algo a cambio de mantener limpio el nombre de su padre, no supo disimular.

—Entonces comprendí por qué me vencía el sueño por las tardes. Por qué me despertaba incómoda, dolorida y sucia, como si los monstruos que me persiguieron mientras huía de mi tierra regresaran para violarme una vez más. Porque no se trataba de sueños.

No podía seguir mirando a esa joven idéntica a sí misma que, desde algún punto imposible, la estudiaba con desprecio. No podía. Porque en el fondo de sus ojos, más allá de la vergüenza de sentirse utilizada por la mujer a

quien trataba de ayudar, había algo extraño, algo turbio e inquietante.

—No fui a la policía. Se lo conté a tu madre, le dije lo que pasaba. Y me despidió— Nayah escondió su rostro tras la taza, quizá para disimular una mentira improvisada sobre la marcha. —Me amenazó con hacer que me echaran del país si se me ocurría denunciar. Así que no lo hice. Pero si me ayudas, tal vez...

Tal vez, nada. Ángela no tenía intención de destruir a su familia para conseguir a una extranjera una indemnización cimentada en sus complejos. A la carrera, abandonó el apartamento ignorando a los pequeños que peleaban sobre la alfombra, atravesó el descampado y, arrebuja en un sucio asiento del metro, trató de exorcizar al fantasma de la camerunesa. Pero a pesar de la fuerza con que apretaba los párpados, a pesar de la rabia enredada con sus miedos, era incapaz de impedir que las imágenes invocadas por la voz de la africana se adueñaran de su mente.

En todas salía su padre. El rostro de su padre, desfigurado de deseo. Su aliento asfixiante, las garras de sus dedos cerrados sobre la garganta, los golpes de su cadera desgarrando carne y dignidad, sus jadeos ahogados sobre la almohada en el momento del orgasmo y el dolor, ese dolor sordo y desconocido que la acompañaba cuando, por las mañanas, la orina brotaba sucia de sangre y hiel.

Abrió los ojos.

Allí seguía, replicada en el espejo de un cristal, la verdad impresa en las pupilas con la linotipia del terror.

Era su pesadilla. Era la pesadilla que la asaltaba cada noche, la que trataba de conjurar con gruesos pijamas de felpa y personajes de una niñez añorada. Al describir sus propias vejaciones, Nayah hizo saltar en añicos los diques que contenían unos recuerdos camuflados en delirio. Los recuerdos, diluidos en miedo, vergüenza y narcóticos, de su padre violándola por las noches.

El bloc resbaló de su regazo y se perdió entre manchas de barro, chicles resecos y lágrimas de amargura. *Exigir justicia para las demás es exigir justicia*

*para nosotras*, decía la página abierta junto a sus zapatos. Se agachó a recogerlo sintiéndose desdoblada, sintiendo cómo una parte de sí misma regresaba años atrás, cuando despertaba con el vientre dolorido, irritados los labios vaginales, manchas de sangre entre las sábanas. Y no pudo contener un gemido al comprender que esas molestias, achacadas por su madre a los cambios propios de la pubertad, desaparecieron al poco de contratar a Nayah.

Las pesadillas, por el contrario, nunca la abandonaron.

*Luchando por la liberación de las demás, nos liberamos nosotras.*

Cerró el cuaderno y, a duras penas, lo devolvió a su lugar en la mochila. Las manos le temblaban tanto que desistió de cerrar la cremallera. Respirar era imposible y, en su pecho, el corazón parecía detenido, quizá esperando una respuesta a la pregunta que llevaba tiempo planteándose.

*Nos liberamos nosotras.*

A través de la megafonía, una voz metálica anunció la parada de los juzgados.

Ángela abandonó el asiento y se dirigió a la puerta.